

El amor se llama Adri

Daniel Silva Peña

Necesitaba despejarme la cabeza. Aquellos exámenes iban a acabar conmigo. Decidí dar un paseo alrededor de la facultad y, cuando regresé a la biblioteca, la carta estaba sobre mis apuntes.

“Soy Adri y mi mayor sueño es amarte.

Tú no conoces mi rostro pero yo sí conozco el tuyo. Moreno, ojos oscuros, una leve barba descuidada de esas llamadas “de tres días”... aunque yo creo que “de tres días” nada, tú hace semanas que no te afeitas; simplemente no te crece más. Eres alto y casi siempre vistes con ropa de colores vivos. Tus gestos son alegres, con una sonrisa de esas que no se estudian pero otorgan aprobados.

En mi grupo tenemos una broma con los chicos de la biblioteca: todos hemos escogido a uno y lo tenemos como un amor idílico y platónico. Tú eres el mío. En los descansos, jugamos a adivinar vuestra personalidad de las formas más fantásticas que se nos ocurren. Según Claudio tú eres jugador de ping-pong del equipo olímpico y estás en la uni por una de esas becas a los deportistas de élite. Alba dice que no has hecho deporte en tu vida y tu hobby es la fotografía, de hecho eres semiprofesional y has viajado por medio mundo con tu cámara. Ambos coinciden en que te gustan Queen y Extremoduro. Tampoco es que se hayan arriesgado mucho con eso... Yo siempre digo lo mismo cuando hablamos de ti, exagerando, entre risas y con un suspiro de broma: “Es imposible adivinarle, eso es lo que le hace mágico.”

Te escribo esta carta para contarte que la broma se me ha ido de las manos y te has convertido en una obsesión. Siempre que vengo camino de la biblioteca me pongo de los nervios, esperando encontrarte sentado bajo la luz de algún flexo. Si cuando llego tú aún no estás, soy incapaz de estudiar. Pienso que quizá no volvamos a estar cerca y fantaseo con que cuando te vea entrar me levantaré y te besaré en los labios laaaaargamente. Todas las noches me acuesto coloreando tu imagen en mi mente, dándole vueltas a tu silueta, preguntándome tonterías del tipo: ¿se habrá fijado él en mí? ¿Sentirá lo mismo al verme?

No podía aguantar más esta situación. Así que se me ha ocurrido proponerte un juego muy sencillo: encuéntrame.

No sé qué habitante de la biblio piensas ahora mismo que soy, si el chaval con el pelo despeinado al que siempre le suena el móvil, la rubia pechugona maquillada hasta las cejas o la

chica tímida de gafas que suele sentarse en una esquina. No voy a hacerte ninguna señal, ni siquiera te voy a decir si soy Adrián o Adriana. No habrá pistas; creo en el amor. Creo que si somos almas gemelas me encontrarás.

P.D.: No te molestes en hablarme de esta carta. Jamás te reconoceré que soy yo quien la escribí.

¡Hasta ahora! ;)"

Cuando terminé de leer, el corazón me latía a ritmo de “Necesito droga y amor” (sí, me gustaba Extremoduro, quizá no era una persona tan difícil de adivinar). Levanté la mirada, nervioso, esperando descubrir a alguien observando atentamente cada uno de mis gestos, pero no sirvió de nada. Aparentemente nadie me encontraba más interesante que sus apuntes. Enseguida desconfié, pensando que alguno de mis amigos me la estaba jugando, pero como yo siempre iba a estudiar solo y no conocía a nadie allí, concluí que aquello podía ser verdad. Me puse a examinar uno a uno a todos los estudiantes. Uno de ellos era el autor de la carta, y recuerdo que me reí pensando que aquello era igual que el juego de polis y cacos: tenía que jugármela y desenmascarar al asesino, solo que esta vez el juego no iba de matar sino de amar. Más divertido. Mis ojos volaban intrigados por la sala y cuando detectaba algo que me atraía, ya fuera una sonrisa alegre, una mochila con chapas de rock, un gesto gracioso o un rostro bello, me paraba a averiguar si esa persona podría estar enamorada de mí. Si esa persona podría llamarse Adri.

Entonces la vi. Había recogido su cabello castaño con un moño atravesado por dos lápices. Su nariz era diminuta y desde lejos me pareció que llevaba aparato en los dientes. Vestía una sudadera deportiva verde y, con un gesto que me parecía entrañable, sus ojos azules y despiertos repasaban el esquema que dibujaba con su bolígrafo en el aire, sobre una pizarra invisible.

Era la chica más hermosa de la Tierra.

Respiré hondo, guardé la carta en mi mochila, junté todo el valor que encontré y me dirigí hacia ella. Recorrí la distancia que nos separaba pensando que aquello era una locura... y, dado que en aquella época me encantaban las locuras, eso me dio aún más fuerzas.

- ¿Adri?

Estaba absorta repasando y mi susurro la sobresaltó un poco. Se quedó unos segundos mirándome. Parecía dudar. Finalmente respondió, también en voz baja, con una sonrisa resplandeciente.

- ¿Eso es todo lo que me vas a decir?

Tragué saliva.

- ¿Te apetece hacer un descanso? Si quieres, te invito a algo en la cafetería.

Me miró sorprendida y divertida. Después giró su rostro hacia sus apuntes. De un manotazo cerró su carpeta, forrada con pegatinas de la serie "Friends".

- Sí, la verdad es que eso suena más divertido que el Derecho Romano.

En aquella merienda nos dimos los números y comenzamos a quedar todos los días para ir a estudiar juntos. Aunque aguantó la mentira durante varias semanas, finalmente tuvo que reconocerme que su nombre no era Adriana, sino Marta. Me dijo que solo quería seguirme el juego, que le pareció graciosa la forma de entrarle que había tenido y que de primeras pensó que yo era un chico agradable. Entonces le hablé por primera vez de la carta y me juró que no sabía de qué le estaba hablando. Al día siguiente se la enseñé, se partió de risa y se hizo la celosa. Parecía tan sincera... Fue la primera vez en que comencé a creerla cuando me juraba que no tenía ni idea de la existencia de aquella declaración. Es cierto que su letra no se parecía en nada a la de la carta, pero también podría haberle pedido a cualquiera que la escribiera...

Seguí llamándola Adri. A ella también le gustaba que la llamara así.

Nunca reconoció haber escrito aquellas palabras. Se lo pregunté mil veces: de novios en la universidad, el día de nuestra boda, cuando nuestra hija se graduó... Incluso pocos días antes de su muerte. Y mil veces me lo negó, con una sonrisa dulce que yo no sabía interpretar.

Jamás he sabido la verdad, quién escribió aquellas palabras que marcaron mi vida. Quizá aquel día en la Biblioteca de la Facultad de Psicología, mientras hablaba con Marta, Adri me miraba de reojo, triste, con su mágico e inocente corazón hecho añicos. O tal vez, simplemente, Marta era Adri con otro nombre.